

INTRODUCCIÓN

Ya son clásicos los comentarios que sobre la narración hizo Walter Benjamin en su famoso ensayo *El narrador*. Lo hace con añoranza; según él estamos perdiendo la capacidad narrativa, que es lo mismo que decir la «capacidad de intercambiar experiencias». La pérdida de experiencia es pérdida de narración, pérdida de relato. El olvido de la narración es olvido de la experiencia humana. La narración, desde esta perspectiva, es comunicación y desarrollo de experiencia.

Nuestra cultura se ha formado y constituido en buena medida como rechazo de la narración y la experiencia. Hemos preferido la información y su manejo y control, a ser posible en clave matemática y electrónica. Nuestra cultura positivista se ha desarrollado de espaldas al relato, relegándolo al dominio de la subjetividad, la emoción o las costumbres, pero no como constitutivo del mundo común, de la eficacia, de los servicios.

Vivimos una época de información, pero no de experiencia. Somos sociedad de la información, pero no una sociedad de experiencia. La oposición que hay entre «información» y «experiencia» vertebrada dos mundos, dos formas de entender la vida. Esta oposición repite y resume la que se va a dar en nuestra cultura en muchos aspectos; por ejemplo, la oposición entre cultura científica y cultura humanística. Ciertamente, no se trata ahora de recuperar la experiencia narrativa contra la información, sino de incorporarla para que ocupe su lugar. Porque, aunque la descripción y explicación científicas son sin duda útiles e imprescindibles, para hablar de la vida humana probablemente es más fructífera una narración.

«Narrar» viene del latín «narrare», un verbo que procede del adjetivo «gnarus», que significa «conocedor, el que conoce»; el origen

de esta palabra está en la raíz indoeuropea «gnu» que significa «saber». La narración es un mensaje que presenta o cuenta una historia. La historia es una explicación de un evento, natural o no natural, verdadero o ficticio, una anécdota, un informe o sucesión de hechos.

La posibilidad de la narración comienza en la mente, en la medida en que un individuo conceptualiza su percepción de la experiencia. La formulación de la descripción de la experiencia vivida es un relato. Externalizar la experiencia compartiendo anécdotas y relatos, o acontecimientos biográficos, es intrínseco al ser humano. Y también es característica suya la posibilidad de usar la imaginación, creando historias de ficción.

Los relatos no tratan solo de recoger y aportar información de un modo lógico, antes bien, pretenden subrayar ciertos elementos con personajes, tramas, motivaciones y acciones, cuyo objetivo es más creativo y propositivo. La narración es una actividad, supone contar a través del uso de la palabra y las imágenes. Su resultado, su efecto, es el relato, una historia contada.

Se suele apelar al término «la narrativa» para referirnos a toda la actividad relativa a la narración, todo el mundo que rodea los relatos y narraciones, en donde se inscribe la tarea de escribir y contar, de narrar y leer o escuchar las historias. Y si cambiamos el artículo, aludiendo a «lo narrativo» hacemos referencia más bien a un proceso comunicativo que se propicia y desarrolla a través de las diferentes narrativas. Lo narrativo es la utilización de la narración, la actitud general que implican los relatos, frente a otras aproximaciones más cognitivas o teóricas. Por eso, en lo narrativo tiene cabida toda expresión, de modo narrado o literario, de esa característica humana de tener que «vivir contando».

Por supuesto, no es nuestro objetivo aquí desarrollar una profusa teoría literaria, ni tan siquiera buscar una exposición pormenorizada de lo que los expertos en lengua y literatura consideran que es la narración, sino tan solo ofrecer algunas claves con las que se pueden comprender los textos, un peculiar tipo de textos, las narraciones y relatos, que se muestran como especialmente fructíferos para la construcción de la ética y para el análisis de los problemas de valores, y que se manifiestan en formas diversas: desde la novela o el cuento, hasta el relato fílmico o el teatro, pasando por la autobiografía, e incluso las historias que todos contamos, que los pacientes cuentan, que forman parte del

INTRODUCCIÓN

acervo de conocimientos y experiencias compartidas que sirven como transmisores de cultura, tradiciones y valores.

Los relatos y narraciones tienen una peculiar fecundidad, muy diferente a los textos sistemáticos y teóricos más propios de la argumentación filosófica. No se trata de prescindir de estos, sino de completarlos. La descripción y exposición de un punto de vista ético puede hacerse más palpable y visible a través de un relato que a través de un texto teórico. Al proponer una historia que sucede de un cierto modo, que origina una serie de situaciones y consecuencias, y que llega a un final exitoso o trágico, la narración muestra al lector el interés de una búsqueda o de un recorrido, y cuál es la razón o importancia de realizarlo. Sin embargo, deja abierto el final, en la medida en que el lector puede o no seguir el mismo camino, identificándose con el personaje, ya sea para imitarlo o para distanciarse de su propuesta. Pero no tan abierto como para no tener la capacidad de convencer, moldear o convertir al lector y ser, así, un método de desarrollo y educación. Como afirma M. Nussbaum hablando de la novela, «al mostrar el misterio y la indeterminación de «nuestra aventura real», las novelas caracterizan la vida de un modo más rico y verdadero (de hecho, más preciso), de una manera de que nunca sería capaz un ejemplo carente de estos rasgos; y generan en el lector un tipo de trabajo ético más adecuado para la vida»¹.

Las narraciones son necesarias para permitir un examen de la vida, entre otras cosas porque nunca vivimos lo suficiente, no tenemos un tiempo infinito para poder vivir todas las experiencias y, por ello, la narración de posibilidades de vida amplía nuestra perspectiva y abre nuestro mundo. Además, en los relatos, las exposiciones de vidas están elaboradas y realizadas con una cuidadosa descripción interpretativa. Esto es, muestran el mundo de un cierto modo, con una cierta perspectiva, con la que el lector es llevado, a través de una ficción literaria, a imaginar una posibilidad que puede agudizar la conciencia. A lo largo de nuestra vida todos somos creadores de ficciones. La narración solo expresa eso que experimentamos en nuestra realidad, ofreciéndonoslo para observarlo, analizarlo, disfrutarlo, comprenderlo, aborrecerlo o simplemente registrarlo. Se podría decir, de nuevo siguiendo a Nussbaum, que «la literatura es una extensión de la vida no solo horizontal, poniendo al lector o a la lectora en contacto con acontecimientos, lugares,

¹ M. Nussbaum, *El conocimiento del amor*, Madrid, A. Machado Libros, 2005, p. 101.

personas o problemas que de otro modo no puede conocer, sino también, por así decir, vertical, proporcionando al lector una experiencia que es más profunda, más intensa y más precisa que gran parte de lo que tiene lugar en la vida»².

Somos seres de relatos y necesitamos cuentos. Los lectores de Paul Auster recordarán la historia de Kafka, y de la muñeca de la niña del parque, a medio camino entre la realidad y la ficción. La historia es ficción, nada menos que ficción³.

Ya al final de su vida, en su último año de vida, Kafka vivía enamorado de la joven Dora Diamant en Berlín, y con ella salía a pasear casi a diario, disfrutando de una felicidad que poco a poco se evaporaba. En uno de esos paseos se encontró Kafka con una niña que no paraba de llorar. Kafka preocupado le preguntó qué le pasaba y la niña contestó amargamente que había perdido a su muñeca. Para ayudarle Kafka empezó a inventar un cuento que explicara lo que había pasado. «No te preocupes, dijo, lo que pasa es que tu muñeca se ha ido de viaje». «Y, ¿cómo lo sabes?», preguntó la niña. Y Kafka respondió: «Lo sé porque me ha escrito una carta». «Y, ¿dónde está la carta», dijo la niña. «No la he traído», respondió el escritor. La niña sospechaba, pero, ¡y si era cierto y este señor había recibido una carta de su muñeca! Ante las dudas de la niña, Kafka le dijo que no se preocupara, que al día siguiente le traería la carta.

Volvió a casa nuestro escritor y se puso rápidamente a escribir la carta de la muñeca; Dora lo vio escribir con tanta pasión y tensión como si se tratara de su propia obra. No podía defraudar a la niña. Y comenta Paul Auster al hilo de la historia: «No es cuestión de defraudar a la niña. La situación requiere un verdadero trabajo literario, y está resuelto a hacerlo como es debido. Si se le ocurre una mentira bonita y convincente, podrá sustituir la muñeca perdida por una realidad diferente; falsa, quizá, pero verdadera en cierto modo y verosímil según las leyes de la ficción».

Al día siguiente acudió con la carta. Allí estaba la niña esperando la carta de su muñeca, y como no sabía leer, el propio Kafka le leyó en voz alta lo que le comentaba su muñeca. La muñeca le decía a la niña que lo sentía mucho, pero que tenía que salir a conocer mundo; la sigue que-

² *Ibid.*, p. 102.

³ Cf. Paul Auster, *Brooklyn Follies*, Barcelona, Anagrama, 2006, pp. 159-161.

INTRODUCCIÓN

riendo, pero necesita tener nuevos amigos. Le dice también que no se preocupe, que la tendrá informada y le escribirá todos los días. Y Kafka se tomó la molestia de comprometerse a escribir una carta de la muñeca todos los días, contándole lo que hacía, y cómo vivía. Kafka, uno de los escritores más geniales de la historia de la literatura, dedicó su tiempo –más de tres semanas– a la correspondencia de la muñeca con la niña. Nunca Kafka se preocupó tanto por su estilo literario, por la precisión de sus palabras. Día tras día le fue contando Kafka a la niña cómo la muñeca crecía, las complicaciones que le impedirían volver a casa, y cómo encuentra un joven con el que se va a casar –porque el tiempo de las muñecas es diferente, va más deprisa que el tiempo de los humanos–. Kafka está preparando el final, la despedida definitiva. Y termina Auster de relatarnos la historia de Kafka, la niña y su muñeca: «Para entonces, claro está, la niña ya no echa de menos a la muñeca. Kafka le ha dado otra cosa a cambio, y cuando concluyen esas tres semanas, las cartas la han aliviado de su desgracia. La niña tiene la historia, y cuando una persona es lo bastante afortunada para vivir dentro de una historia, para habitar un mundo imaginario, las penas de este mundo desaparecen. Mientras la historia sigue su curso, la realidad deja de existir».

Lo que los relatos muestran es concreto, nos exhortan a comprender detalles y matices relevantes e incluso nos piden que establezcamos una relación entre los lectores y los personajes mostrados, que nos identifiquemos para comprender. Parecería así que hablan de algo excesivamente particular y específico. Sin embargo, las narraciones hablan a los seres humanos sobre seres humanos, muestran y ayudan a forjar una idea de nuestra humanidad común, proponen una forma de vida, probable y concreta, que es expresión de lo compartido y, por tanto, invitan al lector. Lo que le resulta más difícil a una exposición teórica es que cada lector evalúe la validez de la propuesta para su propia vida, cuando esa propuesta procede de un marco cultural completamente diferente. Sin embargo, a los relatos les resulta más fácil traspasar ese límite, apelando, desde lo concreto, a una experiencia vivida que puede entenderse, que puede ser compartida.

El enorme potencial imaginativo y expresivo de los relatos no ha pasado desapercibido. En el ámbito de la bioética y la ética médica se ha producido un «giro narrativo» que, al igual que en otros ámbitos, está transformando en buena medida el modo de entender la disciplina y,

sobre todo, cambiando la dimensión práctica de su ejercicio. Lo narrativo se ha convertido en algo fundamental hasta el punto de formar parte de los *curricula* de las facultades de medicina. Esto es lo que ha venido a denominarse «medicina narrativa», con importantes desarrollos que comienzan en los años 80 del siglo XX, encuentran su apogeo en la década de los 90 y persisten hasta la actualidad.

Esta concepción asume la narrativa como una herramienta útil para la ética médica. Y la clave de su éxito y relevancia reside en el modo de afrontar la relación o el encuentro clínico.

El corazón de la medicina es la relación entre el médico y el paciente. Son muchos los autores que han enfatizado este encuentro, animado por el objetivo de la ayuda a quien sufre, como clave fundamental y razón de ser de la misma profesión. En nuestro contexto, P. Laín Entralgo ha enfatizado la relación médico-paciente como clave del compromiso profesional⁴. Y para ello ha afirmado la necesaria, estrecha y fructífera relación existente entre medicina y humanidades. No solo se trata de que la medicina tenga que ser humanizada, so pena de perder su auténtica razón de ser, sino que la medicina requiere de las humanidades como elemento propio del ejercicio de su legitimidad moral. Serán las llamadas «humanidades médicas» las que representen esta unión ineludible. La razón de su vinculación es, en opinión de D. Gracia⁵, triple: en primer lugar, la relación entre medicina y humanidades es necesaria porque el positivismo tiene que ser superado. Los hechos no tienen un carácter tan definitivo como se pudiera pensar, requieren revisión e interpretación. Los hechos son construcciones y, como tales, se inscriben en un contexto histórico dentro del cual cobran sentido. La segunda razón es que la salud y la enfermedad no son meros hechos, incorporan valores. La enfermedad no puede ser concebida como un mero hecho biológico, es, además, un acontecimiento biográfico. Y por ello no puede ser comprendida sino desde los valores, que no son tratados por las ciencias, sino por las humanidades. Finalmente, una tercera razón, la más importante, es que si el médico quiere ejercer de un modo adecuado su profesión, debe tener una idea cabal del ser humano. Para

⁴ P. Laín Entralgo, *El médico y el enfermo*, Madrid, Triacastela, 2003.

⁵ D. Gracia, «El humanismo de Pedro Laín Entralgo», en D. Gracia (ed.), *Ciencia y vida. Homenaje a Pedro Laín Entralgo*, Bilbao, Fundación BBVA, 2003, pp. 205-231.

ello tiene que saber algo de filosofía, al menos de la parte de la filosofía que se ocupa más directamente del ser humano: la antropología. Y esto tendrá repercusión en el modo de entender la relación clínica.

El énfasis puesto en el desarrollo de la técnica y en la medicina basada en la evidencia, que en buena medida se alimenta de un presupuesto positivista, ha dejado de lado ese ideal básico de la relación humana que es clave de la práctica médica. Por eso, es necesario recuperar y promover el ámbito de la relación clínica, la interacción entre médico y paciente, en la que ese aspecto de la medicina humanista se hace más palpable, cayendo más del lado del «arte» de curar, que de la ciencia y la técnica despersonalizadoras. Por eso tiene sentido el enfoque relacional de la ética médica, en el que se enfatiza el encuentro personal y la confianza como claves de una relación de cuidado en la que el médico ha de estar atento a lo que Lévinas denominaba el «rostro del otro».

En buena medida, la perspectiva narrativa tan solo enfatiza y promueve una nueva dimensión de una atención al paciente que es el *leitmotiv* de la medicina. Baste recordar aquella famosa anécdota de Gregorio Marañón que, habiendo sido preguntado por cuál era el mayor descubrimiento que había hecho la medicina para poder sanar a los enfermos, respondió: «la silla»⁶. Una silla para sentarse al lado del enfermo y poder observar, escuchar y comprender.

Y es que nada hay tan importante como poder acompañar a quien sufre en ese episodio biográfico único de su enfermedad o de su padecimiento. Es verdad que la técnica puede hacer grandes cosas, que el poder de la ciencia ofrecerá, en mayor o menor medida, alguna explicación y, en el mejor de los casos, una posible sanación. Por eso es imprescindible formarse bien, tener buenos conocimientos, completos, actualizados, habilidades y herramientas bien aprendidas, bien entrenadas y perfeccionadas. Pero además, siempre, es necesario saber comunicarse con el paciente, saber hablar y, sobre todo, saber escuchar. Saber transmitir información, guardar silencio cuando sea necesario, ofrecer apoyo y consuelo, entender el significado que la vivencia del paciente tiene para su identidad, para su vida, para su futuro y que él o ella expresa en un relato. Construir una historia que sirva para darle nuevo

⁶ P. Laín Entralgo recoge esta anécdota en *La historia clínica. Historia y teoría del relato patográfico*, Madrid, Triacastela, 1998.

sentido a la experiencia y que también sea expresión de algo que, por ser humano, tiene una dimensión universal.

Que la técnica y los artefactos aporten útiles herramientas para curar, no justifica que se pueda obviar la comunicación con el enfermo, que se olvide la relación interpersonal, ni que se deje de asistir a la narración de una vida en la que los eventos cobran uno u otro sentido, siempre únicos e irrepetibles. Y para ello, el médico debe asumir una responsabilidad que emana de la compasión, del reconocimiento del otro como un igual que es vulnerable y requiere cuidado y defensa, pues el paciente ha depositado su confianza en él, entregando así una porción significativa de su autonomía.

Sin embargo, la tesis que en este libro se tratará de defender es que lo narrativo en bioética no es tan solo una herramienta útil, no se trata únicamente de emplear las narraciones y los relatos como métodos para lograr una mejor relación clínica y una mayor ayuda al paciente sino que, además, la bioética es una reflexión –mucho más amplia y compleja que la estrictamente referida a la relación del médico con su paciente– que se enriquece de la perspectiva narrativa y hermenéutica. La bioética, en tanto que ética a la altura de nuestro tiempo, es deliberativa y trabaja necesariamente con un enfoque narrativo, porque asume la necesidad ineludible de la interpretación, ante la pluralidad de perspectivas.

Por eso, como se verá, lo narrativo no es solo herramienta, sino modo de conocimiento. Es un acceso privilegiado a la realidad, con una dimensión y características no reducibles ni comparables a otras formas de razonamiento. Implica experiencia y vivencia, introduce elementos concretos sin renunciar a la universalidad. No excluye lo emocional y afectivo, porque son partes de las razones «impuras» que caracterizan lo humano, sus acciones y sus decisiones. Y por eso es el modo más adecuado de acercarse a la incertidumbre, al dinamismo de la vida y a su complejidad. Este es el espacio de una bioética narrativa.

Construir una bioética narrativa es precisamente el objetivo de este libro. Nuestro recorrido partirá del análisis del giro narrativo, para comprender sus características e importancia. Para ello nos acercaremos a algunos de los grandes autores que han sido protagonistas de esta reflexión. Por supuesto, no están aquí todos los que son, pero a buen seguro son todos los que están. El paradigma narrativo quedará configurado como un modelo que, frente a los tópicos, se alza como una racionalidad

INTRODUCCIÓN

creativa, abierta y especialmente fructífera para la ética. La bioética y la ética médica han reconocido este potencial y, por ello, nos acercaremos a la transformación producida en la bioética, que mira hacia lo cultural y contextual, abriendo un interesante debate entre las aproximaciones que buscan un fundamento universal para generar elementos normativos que salvaguarden los valores, y las que asumen que esa universalidad solo puede construirse desde lo particular y concreto. Y también conoceremos ese amplio campo de la medicina narrativa, que recupera la dimensión más humana, comunicativa y experiencial del encuentro clínico para promover un compromiso ético que excede lo meramente técnico, lo completa y lo amplía. La ética narrativa nos conducirá a nuestra propuesta de una bioética narrativa. Plantearemos un método deliberativo, como el más adecuado para la toma de decisiones prudentes en situaciones de conflicto. Desde ahí analizaremos los alcances de la bioética narrativa, que, además de un método, es una actitud, un modo de conocimiento, que puede aplicarse y enseñarse. Apuntaremos algunas de las aplicaciones, si bien queda mucho por decir al respecto. El tema de la bioética narrativa abre innumerables aspectos y exige multitud de matices. Nuestro libro no pretende ser exhaustivo, pero sí ofrecer algunas claves, proponer una reflexión y con ello abrir un camino, cuyo relato ha de comenzar diciendo aquello de «Érase una vez...»